

Con ese tono, a la vez agudo y sensible, documental y romántico, Silvia Miguens nos ha restituido con óptica de mujer, que conoce bien la renovada tradición latinoamericana de la novela histórica, la Manuela Sáenz que nos hacía falta.

Tan exacta en la ficción como admirable en esa realidad que la acosó con sus retrasados prejuicios y su guerrilla infatigable contra el general Francisco de Paula Santander. Pero ella, honesta e íntegra, caprichosa y desmelenada, parece avanzar contra el tiempo y encarnar lo que de prometeico había en esa gesta, que si bien cambió nuestra historia también cambió, hasta la médula, a los muy humanos seres humanos que la llevaron a cabo.

### Juan Gustavo Cobo Borda

*Bel Canto*, Ann Patchett, traducción de Pablo Álvarez, Editorial Diagonal, Barcelona, 2003, 379 pp.

Confieso que cuando me dispongo a leer una novela reciente no puedo evitar cierta prevención. Son ya muchas, tal vez demasiadas, las que se me han caído literalmente de las manos, aunque uno siempre persevera en la idea de encontrar al fin esas cuatro o cinco novelas que hagan que el esfuerzo merezca la pena. La inmediatez –sino al que

parece abocada cierta crítica literaria– apenas deja lugar a consideraciones que guarden cierto decoro. La vorágine de las novedades nos devora. No, no es nada fácil encontrar hoy obras narrativas que aúnen entretenimiento, coherencia, vigor reflexivo, estilo cuidado, poso. La perfección no existe en literatura –ni en casi nada–, pero es obligación nuestra el buscarla con pasión.

Y en este estado de ánimo comencé a leer *Bel canto*, cuarta novela de una muy laureada Ann Patchett (Los Ángeles, 1963). Por esta novela recibió, entre otros, el premio Pen/Faulkner 2002, lo cual, no lo niego, me predispuso algo a su favor. El caso es que en un fin de semana di cuenta de ella. No podía dejar de leer. La historia es sencilla, incluso un tanto «bestselera»; sin embargo pienso que según va transcurriendo la trama el libro mejora, toma Patchett con más decisión el pulso de una acción muchas veces disparatada pero cuyo trasfondo es, paradójicamente, el de la piedad. Un comando terrorista pretende secuestrar al presidente del país (se adivina el Perú y Fujimori y el secuestro de la embajada de Japón, de diciembre de 1996 a abril del siguiente año) en una fiesta de cumpleaños en honor de un gran empresario japonés, al que de esta forma se pretende influir para futuras inversiones. Hay una invitada de honor, la gran soprano Roxanne Coss. Pero el presidente no está (ha

decidido no ir pues tiene que ver el enésimo capítulo de una telenovela). Cunde el desconcierto entre los guerrilleros y el secuestro se prolonga durante semanas. Comienzan a desfilar los personajes y la relación entre ellos –muy bien perfilado el políglota Gen–, con situaciones dignas del mejor esperpento. Se crea un microcosmos muy sugerente, un mundo donde la armonía de la música y del amor rige una convivencia muy peculiar.

¿Que resulta poco creíble? En efecto, pero estamos hablando de literatura y, además, díganme ustedes algo de esta vida que resulte enteramente creíble. ¿Que la primera parte es un tanto premiosa? Puede ser. Pero el conjunto se lee de un tirón y el texto resulta ser un pentagrama donde cada lector interpreta a su antojo la melodía de su propia existencia. La novela la resume muy bien uno de los personajes (p. 359): «Da que pensar. Las maravillas que podríamos haber hecho con nuestras vidas si hubiésemos sospechado que sabíamos hacerlas». Pues eso.

### Guillermo Urbizu

**Caramelo o Puro cuento**, Sandra Cisneros, traducción de Lilita Valenzuela, Seix Barral, Barcelona, 2003, 553 pp.

*Caramelo*, la deliciosa y singular novela de la narradora y poeta San-

dra Cisneros (Chicago, 1954), se ha convertido en uno de los libros esenciales de la nueva narrativa chicana por su capacidad de aunar los límites entre la narración popular y una literatura de altísima calidad. El silencio literario mantenido durante veinte años por esta autora de madre chicana (origen mexicano pero nacida en Estados Unidos) y padre chilango (oriundo de ciudad de México y emigrado a Estados Unidos) y padre chilango (oriundo de Ciudad de México y emigrado a Estados Unidos cuando era muy joven), que se define como «chicana feminista, madre de nadie y mujer de nadie», y que ha sido galardonada con el premio Novela Corta Chicana 1986 y el Precolombino Americano 1985, ha merecido la pena.

*Caramelo* cuenta la historia de tres generaciones de la familia Reyes y nace como homenaje al padre de la escritora, pero al ir indagando en el recuerdo Sandra Cisneros inventa la historia de su abuela. La protagonista evoca los viajes anuales de la familia chicana, radicada en Chicago, que regresa a sus orígenes en Tepeyac, ciudad de México, con el consiguiente cambio de mundos que ello comporta una vez cruzada la frontera, lo que da lugar a una reflexión en torno a la identidad México-americana, una identidad partida y reconciliada. Pero este largo recorrido permite otra reflexión sobre la historia de

México: su esplendor —«el París del Nuevo Mundo», antes de la Revolución—, las continuas revoluciones, la sucesión de gobernantes: Maximiliano, Porfirio Díaz, Madero, Carranza, Obregón, Cárdenas, Ávila Camacho..., sin olvidar las invasiones de Estados Unidos, así como el hecho de que en 1915 más de la mitad de la población estadounidense de ascendencia mexicana emigró del valle de Texas hacia un México que había sido devastado por la guerra, huyendo de los *texas rangers*, la policía rural, que los acosó de tal modo que provocaron la muerte de miles de mexicanos. Será además en México en donde Lala escuche las historias de familia tratando de separar la verdad de «las inocentes mentiras». Como dice la autora: «He inventado lo que no sé y exagerado lo que sé para continuar con la tradición familiar de decir mentiras sanas», lo cual le ha permitido explorar la memoria del linaje, el repertorio de la sabiduría cotidiana transmitidos por una tradición matrilineal, hecho que nos dará una visión de la cultura chicana.

A pesar de las claras influencias de Borges y Rulfo, Sandra Cisneros rechaza su filiación con el realismo mágico de García Márquez y considera a Elena Poniatowska y a Eduardo Galeano como sus mentores. Sandra Cisneros parte del principio de que «la vida es más insólita que la imaginación de cualquiera» y sostiene que los hechos que va a

contar son «tan insólitos que sólo podrían ser ciertos».

Esta escritora, debido a los orígenes señalados, ha tenido que enfrentarse con la lengua. De hecho la novela ha sido escrita en inglés porque la autora de *Una casa en Mango Street* se siente insegura escribiendo en español. Sandra Cisneros nos habla de un mundo que se expresa en inglés pero con muchísimas palabras, frases y sintaxis en español. Sandra Cisneros, habitante de un espacio fronterizo y bilingüe, sintetiza con naturalidad un lenguaje mixto, reflejo de una realidad bicultural de referencias dobles (así el padre tiene un bigote «como de Pedro Infante, como de Clark Gable»).

Hay que destacar la traducción que refleja con exacta precisión esta dificultad lingüística y el especial modo de expresión de los personajes de esta novela que condensa a lo largo de sus páginas un aire de película antigua de cine mexicano, de fotonovela y de bolero, juntamente con un lenguaje poético construido a partir de mínimas estructuras oracionales hasta oraciones larguísimas que llegan a constituir un párrafo.

Dos culturas, por tanto, dos lenguas reflejadas por una autora que como todo emigrante «está atrapada entre aquí y allí», pero convencida de que «la literatura sirve para sanar, para hacer más agradable la vida, para crecer».

**Patrimonio. Una historia verdadera,** Philip Roth, Seix Barral, Barcelona, 2003, 239 pp.

Philip Roth es uno de los grandes representantes de la escuela judía de la novela norteamericana que tiene en su haber cuatro de los principales premios que EE.UU. concede: el National Books Critics Circle Award, por *Patrimonio* (1991), el PEN / Faulkner Award, por *Operación Shylock* (1993), el National Book Award por *El teatro de Sabbath* (1995) y el Pulitzer por *Pastoral americana* (1997). También, posee el más alto galardón que concede la Academia Norteamericana de las Artes y las Letras: la Medalla de Oro de narrativa a la totalidad de su obra, además de otros muchos que no es el momento de enumerar.

*Patrimonio*, publicado en 1991, fue escrito durante la agonía del padre del escritor, una de las experiencias (juntamente con la guerra de Corea y su primer divorcio) que más determinaron la trayectoria vital del autor de *Me casé con un comunista*. El gran acierto de esta «historia verdadera» y lo que hace de esta autobiografía un libro de una intimidad estremecedora, es la contención y la sinceridad del relato. En 239 páginas Roth no sólo describe el sufrimiento y humillación de la enfermedad terminal que sobrevino a su padre a los 86 años,

víctima de la cual morirá dos años después, también el autor judío ahondará en él mismo y en los complejos sentimientos que se generan a raíz de la pérdida de los padres. No hay panegírico, ni elegía, ni grandilocuencia, ni solemnidad, ni narcisismo, sino coherencia y entendimiento. La noticia del tumor cerebral que padece Herman Roth y sus terribles consecuencias conducirán a padre e hijo a rememorar diferentes aspectos del pasado. Las motivaciones serán distintas: el padre recordará porque está convencido de que las personas que no están «hechas de recuerdos no son nada», mientras que el hijo lo hará por un afán de comprenderle mejor.

La pregunta que gravita obsesivamente en el relato, «¿por qué tiene uno que morir?», conduce a una reflexión sobre la inevitabilidad de la muerte y al empeño de la sociedad en crear ritos mortuorios que mitiguen la pena y la sensación de pérdida de los seres queridos en aquellos que los sobreviven. Pero en *Patrimonio*, Roth, también, trata sobre la fragilidad humana, la vulnerabilidad del amor, la soledad, el desamparo, la razón y los sentimientos, el envejecimiento, el deterioro físico, la lucha por la supervivencia en un deseo de vivir a pesar de saber que no somos eternos, los límites de la resistencia al sufrimiento, de las complejas relaciones entre padre e hijo, ser judío, la responsabilidad moral del escritor...